

aprobaba en septiembre o al año siguiente, de caridad. Y así transcurrían los años sin dar golpes pero ¡eso sí! muy al tanto de lo que ocurría en el mundo literario. Con frecuencia escribíamos versos, crónicas en prosa o cuentecillos, que censuraba don Dalmiro con piadosa benevolencia. Por cierto que los asuntos eran siempre de lo más trágico. No salíamos del cementerio o de sus alrededores. Un día nos presentamos «la patía serrana» en casa de D. Dalmiro para darle lectura de una poesía, que uno de nosotros «se había sacado de la cabeza». Empezaba así:

*Allá en los campos de Cuba
un pobre soldado había,
contemplándose la sangre
que de su pierna salía...*

Don Dalmiro, a pesar de su *bouhomic* y de lo que nos quería, frunció el ceño y cortó tajante con las siguientes palabras: «Pero ese surtidor de sangre, ¿no tenía una bolita? Andar, nenes, idos a jugar al trompo y traer otra cosa más potable...» Salimos más corridos que una mona y nos marchamos a la era del cerrillo a jugar a los santes, con las estampas de las cajas de cerillas.

Por fin, uno de los del Parnasillo, (culto boticario más tarde), nos anunció que tenía material suficiente para publicar un libro de versos, y que su padre (honrado comerciante de tejidos, que los vendía pagando sus clientes un patacón los sábados), estaba tan entusiasmado que se rascaría el bolsillo para darlo a la luz, pues estaba convencido de que su niño era un fenómeno y, teniendo esas aptitudes, no era cosa de que siguiera en el negocio del patacón, harto prosaico y complicado por la contabilidad.

Se editó el librito en la imprenta del Hospicio y le pusieron unas pastas color salmón, que se saltaban las lágrimas con sólo mirarlo. Se inundaron los escaparates de las librerías con el libro, al que se le hizo una propaganda feroz. Pero no se vendieron seis ejemplares.

Por aquellos días tuvo mi padre necesidad de ir a Madrid, y me llevó. Enterado el autor de los versos, de mi viaje, me dió la comisión de entregar dos ejemplares al Director de «La Correspondencia de España», para que dedicaran unas líneas en tan importante diario de la tarde. Para el mayor éxito en mi gestión, me entregó una carta al Director, de un gran amigo suyo, que residía en Ciudad Real. Con el mayor azoramiento me presenté en la Redacción, entregando la carta al Director, quien me hizo pasar inmediatamente a su despacho. El recibimiento fué amabilísimo, a la vista de la carta. Se trataba de un señor alto, muy grueso y de aspecto bonachón (como todos los gordos), que al verme tan tímido e insignificante, me dijo en tono paternal: ¿Qué es lo que desea de mí el pollo manchego?

—Pues, verá, usted: que aquí le traigo dos ejemplares de un librito de versos, por si tuviera la bondad de dedicarle unas líneas en su gran periódico...

—A ver, a ver, exclamó un poco mosquea el Director. Le entrego los ejemplares y empieza a leer la primera composición titulada «Desaliento»: